

revela en Martínez de Aguilar una orientación no muy definida aun, no obstante que también se manifiesta en otras partes de su libro—pero que si se dedicara a cultivar y encauzar con dedicación, podría servirle tal vez para llegar a realizar algunos buenos poemas, pues en «SUBURBIO»—así se titula el poemita a que nos referimos—sugiere la posibilidad que apuntamos. Helo aquí:

«Las casas  
del suburbio  
forman una grande  
manifestación.  
Sus puertas,  
como las bocas desdentadas  
de viejos  
decrépitos  
y hambrientos,  
lanzan sus protestas  
de miseria.  
En las callejas  
sórdidas  
un olor de amoníaco  
asfixia  
el ambiente.  
Un conjunto  
de vidas,  
desorganizadas e irredentas,  
pasan envueltas  
en sus guiñapos  
de mendigas.»

No hay más en el volumen. Y es poco, muy poco en verdad. Pero, como dice el prologuista, el libro de Martínez de Aguilar «es un libro de impaciencia». El pudo haber dejado que se encontrara la ruta final para hacer acto de presencia del brazo de una perfecta lírica. Ha preferido abatir su silencio. Un libro de impaciencia, es cierto, y que debió haber quedado oculto para siempre en un cajón de escritorio. Con el tiempo, Martínez de Aguilar, pensará lo mismo.—A. T.

LÍNEA DEL ALBA, por *Juvenal Ortiz Saralegui*.

Demuestra, sin duda, progreso Juvenal Ortiz Saralegui en su última obra, progreso que se acentúa más claramente en la par-

te postrera de su libro titulada «CANTO A LOS PÁJAROS DE TU PIEDAD», lo mejor de «LÍNEA DEL ALBA». Su obra anterior, «PALACIO SALVO» aparecía empequeñecida por diversos elementos que siempre han estado fuera de la poesía. Con frecuencia, lo pedestre asomaba su uña tosca, sobre todo en los poemas motivados por aspectos o figuras populares de Montevideo que eran, al fin, los temas dominantes en «PALACIO SALVO».

Había estrofas que ni siquiera rondaban a la distancia, la poesía:

«Canta de noche mi barrio  
con las voces de veinte muchachos.  
Canta canciones fáciles:  
algún foxtrot, algún tango.»

En «LÍNEA DEL ALBA» ya se define con más precisión cierta subjetividad que empezó a revelarse en algunos versos de «PALACIO SALVO», haciéndose en varias ocasiones, penetrante. De seguro, y, como consecuencia, abandona en su libro último, las motivaciones ciudadanas que no estaban, en verdad, de acorde con el temperamento de Ortiz Saralegui y que eran, más bien, una simple postura, postura que ha sido el eje del canto de la mayoría de los escritores jóvenes del Uruguay, como también de la Argentina. Postura, además, con la que se ha querido dar el famoso «color local», pretendiendo la realización de una poesía americana estrictamente diferenciada.

Es tal vez, el predominio del elemento subjetivo el que valoriza «LÍNEA DEL ALBA», aunque a menudo no aparece en toda su pureza, pero cuando logra destacarlo nítidamente consigue aciertos señalados. No es posible olvidar este verso:

«Estiro mi corazón y no te alcanzo»

Verdad es que la subjetividad de Ortiz Saralegui carece de continuidad, en el sentido de mantenerla en belleza. Muchas veces es solo un verso el que se destaca en el poema resultando éste mediocre en su conjunto. Podemos comprobarlo:

«Era triste, tristísimo. Mientras los otros cazaban mari-

posas con la facilidad del tul, él miraba el camino. Recostado a una piedra de acerado musgo, parecía que por sus venas corría el cuerpo de la quietud. Yo lo miraba colocado así, en la misma posición, tal vez, en que se nos quedan los recuerdos.»

#### EL NIÑO DEL PUENTE.

La última frase es hermosa, conseguida y lo único que queda del poema.

Podríamos aumentar ejemplos parecidos; pero, basta. Existe en «LÍNEA DEL ALBA» un aliento de juventud, un progreso visible en relación a «PALACIO SALVO» que preña de posibilidades la obra futura de Ortiz Saralegui. Debemos esperar—.A. T.

#### NOSOTROS.—Poemas, *Regino Pedroso*.

Entre la abundante literatura «proletaria» que editoriales de México y de Cuba vienen dando al público desde hace algunos años, estos poemas de Regino Pedroso son arte verdadero, y no gritería socialista.

Aunque ya lo dijimos—y más de una vez—no es el caso de callarlo en este comentario ligero. La propaganda política—revolucionaria, en los casos de Cuba y México—casi nunca invade con buen éxito los dominios estéticos. Tal vez porque el arte es, más que realidad, sugerencia, no caben en él los postulados groseros de un programa «proletario», que será siempre grosero como motivo artístico, a pesar de sus nobles fines de mejoramiento social.

El fino tacto de Regino Pedroso le ha librado de caer en la prédica arrabalera que, si llega a convencer como verdad política, no llega a emocionarnos como obra literaria.

Unas palabras autobiográficas que hacen el prólogo de «Nosotros» (1) nos dicen la posición de este poeta en su desgarrada tierra cubana: «Profesión: explotado. Lugares de estudios: Los talleres, los campos, las fábricas y los latifundios azucareros.

---

(1) Editorial Trópico. Habana, 1933.